

CATARSIS

RECUPERA TU HUMANIDAD
LIBERA TU PODER



ESTEFANÍA BLANCO

Catarsis

Estefanía Blanco Reyes

CATARSIS

Primera edición: junio 2020

©Derechos de autor reservados.

Estefanía Blanco.

Mikigai.blogspot.com

mikigaiblog@gmail.com

<https://trilogiavoragine.weebly.com/>

©Estefanía Blanco

Diseño de edición: Estefanía Blanco Reyes.

Diseño de portada: Estefanía Blanco Reyes.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo del autor.

*A él, mi apoyo incondicional.
Que si tuviese forma, sería la de la alegría y la paciencia.
Por sus ideas y su tiempo dedicado a mí.
A mi fiel cómplice.*

“Quizá estaba comenzando a ser la persona que el mundo precisaba, y no la que siempre había querido ser”



Prólogo

Aquella niña prodigio tendría la desdicha de haber nacido bajo el amparo de un oscuro velo de relámpagos y truenos que atormentarían su vida para siempre.

Las calles estaban desiertas e inundadas por la tormenta que había estado azotando al distrito desde la misma mañana en que la esposa de Connor McMahon le había dado la noticia que llevaban semanas esperando: por fin Susanna estaba de parto. Por fin podrían sentir el calor del bebé entre sus brazos, a pesar de los contratiempos que había estado sufriendo. Una simple llamada del presidente de Crawford fue suficiente para que todos los médicos del distrito acudiesen a la mansión y trasladasen a su mujer hacia el hospital como si se les fuese la vida en ello. Después de todo, querían ser elegidos para colaborar con el fantástico Proyecto Génesis que el presidente tenía en mente llevar a cabo y que ya había anunciado a los cuatro vientos.

La esposa de Connor se acarició el vientre. Sin embargo, su embarazo no era más que una máscara hacia el exterior. Un engaño a la sociedad para no revelar que, después de dar a luz a su hijo Lex, se había vuelto incapaz de engen-

drar un bebé. Incluso le habían dedicado tiempo a elegir con “sabiduría” a la portadora del nuevo bebé de la familia: rasgos similares a los de la madre infértil, pobre en recursos y viuda.

La noche era fría y ensordecedora dentro de aquel habitáculo donde se suponía que nacería una niña. Algo así como un refrigerador donde el tiempo se detenía y los pecados no contaban. Donde el aire se congelaba y los corazones dejaban de sentir. Solo aquella noche desconsolada sería testigo del crimen que estaba a punto de cometerse.

—La mujer está a punto de dar a luz —informó un médico a la pareja que esperaba en aquella habitación con impaciencia—. Una vez tengamos al bebé, ¿qué hacemos con ella?

—Lo más seguro para todos es que nos desquitemos de la madre tal y como ya lo habíamos organizado —sugirió Connor.

La esposa dirigió bruscamente los ojos espantados hacia la presencia de su marido.

—Estarás bromeando.

—Lo digo en serio, cariño. No podremos criar a ese bebé tranquilos. ¿Y si la madre vuelve algún día?

—¡Esa mujer es pobre, Connor! ¡Jamás podrá atravesar las murallas de Crawford! —se levantó con angustia, a punto de vomitar la cena que le había preparado una de sus criadas con esmero.

Entonces, creyó que lo mejor sería llevar a cabo la fatídica idea que se le acababa de ocurrir: dormirían a la madre del bebé, la trasladarían hacia su habitación y le anunciarían un trágico final con la muerte del recién nacido. Nada podía salir mal. Ninguna mente podría ser tan retorcida como para averiguar que ella y su esposo habían planeado aquello.

—Doctor, hagámoslo así.

—Está bien. Me aseguraré de que no haya testigos. Desvístase y póngase la bata por si alguien más entra en la ha-

bitación. —Se detuvo y dirigió el índice hacia el enorme vientre falso que yacía bajo su camisón—. Tire la prótesis en ese contenedor. Yo me encargaré de deshacerme de él.

Lo hizo y se tumbó en la camilla, rígida y estremecedora. Las piernas le temblaban. El momento había llegado. El momento de esperar intranquila a que el médico viniese y le posara una vida desconocida entre los brazos. Una vida por la que no corría su sangre y que no había sido capaz de concebir en su propio vientre. El reloj de la pared marcaba las doce menos veinte. Esperó casi una hora hasta que el sueño se apoderó de ella y decidió echarse una pequeña siesta. Connor, emocionado, no quiso hacer otra cosa que aguardar junto a su esposa sirviéndole el hombro como almohada.

En lo más profundo de aquella noche oscura, sus dedos acariciando el rostro de la mujer que amaba eran la única melodía que podía apreciarse por encima de los rugidos de la tempestad.

Pasaron tres horas cuando las puertas de la habitación se abrieron repentinamente para dar paso a la figura del médico que sujetaba a un bulto envuelto en mantas contra el pecho. La respiración alterada revelaba el terror de sus actos y la adrenalina de poder ser descubierto. Las gotas de sudor le recorrían la frente y le goteaban desde la punta de su nariz aguileña. Se acercó a la pareja y le entregó el bebé a la nueva madre. Ella se deshizo en lágrimas.

—Es una niña, como pensábamos.

—Es un milagro —dijo Connor—. Un milagro —se repitió.

—La mujer fue anestesiada con la excusa de que le teníamos que hacer una intervención de emergencia. Le daremos la noticia cuando despierte. ¿Quieren que reciba algún tipo de donación o pago por esto?

—Mírala, cariño, es preciosa —siguió ella y pasó los dedos por el contorno del rostro de la recién nacida.

Estaba claro que la respuesta a esa pregunta sería negativa, aunque el médico quiso asegurarse por última vez:

—¿Señor presidente? Un pago justo por la vida de esa niña...

—¿Eres idiota? Cierra la boca ya. Recoge el contenedor ese y tráenos el registro de nuestra nueva hija. Queremos darle un nombre pronto.

El hombre asintió, se dirigió al contenedor para deshacerse de las pruebas del crimen y abandonó la habitación. Sus labios temblaban más de ira que de tristeza. Había hecho todo lo que aquella pareja despreciable le había pedido desde el primer momento en que habían llegado exigiendo la oportunidad de volver a sentir la emoción de criar a un hijo. Y, a pesar de lo que podían perder de ser descubiertos, se atrevían a despedir aquellas sucias palabras hacia él como si nada. Vertió la prótesis sobre una máquina trituradora de basura que se encontraba al final del pasillo y fue a por el registro de la niña.

Al entrar en la habitación, el médico preguntó con cierta indiferencia en la voz:

—¿Cómo llamarán a esta preciosidad?

—Se llamará Sue McMahon —anunció orgulloso el nuevo padre.

**PRIMERA
PARTE**

Capítulo

1

Abril – Distrito de Cleveland.

Un torbellino de recuerdos desató mi histeria. No estaba loca. No lo estaba, de verdad, pero querían volver a dormirme y encerrarme entre aquellas cuatro paredes blancas. No podía más. Hana no había venido a visitarme y tampoco Primitivo. ¿Dónde estaban mientras yo me ahogaba en la agonía? Oí los pasos apresurados de casi veinte soldados que corrían de un lado a otro en mi búsqueda. Bajo la puerta del almacén de suministros, sus sombras se desplazaban, desaparecían y aparecían en cuestión de segundos. Estaban nerviosos. Probablemente, si no me encontraban, a su símbolo de futura supervivencia, morirían en apenas un par de años. De repente, tuve la sensación de que me habían descubierto y, por acto reflejo, retrocedí y choqué de espaldas con la estantería de abastecimientos.

Un bote de metal cayó al suelo.

Me comencé a maldecir una y otra vez, pero la hiperventilación me nubló los juicios. Tenía los brazos entre las rodillas y la cara entre mis manos. Quería perder la conciencia y ahorrarme forcejear con los malditos soldados que me trasladarían a la fuerza al dormitorio, ese cubículo blanco resplandeciente donde era imposible hacer otra cosa que gritar y dejar pasar el tiempo. Miré hacia abajo con las palmas extendidas y observé sangre en mis dedos. Me asusté. Las puntas de mi cabello también estaban rojas. Hiperventilando, me palpé el rostro ahogado en sudor y me percaté de que todo a mi alrededor se había vuelto negro. Era incapaz de ver, pero escuché el chirriar de la maldita puerta que, cada vez, fallaba con más frecuencia. Algunos soldados

desconocidos aferraron los brazos en torno a los míos y me sacaron a rastras del almacén de suministros. Parecía que se me fuese a deshacer la carne, la vida. Susurraban que mi cuerpo estaba dejando un rastro de sangre por el pasillo porque tenía la piel demasiado sensible como para ser tocada. Al parecer, los músculos de mis antebrazos estaban al descubierto. El cuerpo se me había vuelto débil y mi cabello, blanco. No se regeneraba, pero sí envejecía. Me estaba deteriorando. Lo único que me diferenciaba de aquellas criaturas negras y sin conciencia era el tratamiento de Ava.

Llevaba dos semanas sin dormir.

Todo comenzó cuando, después de haberme negado a cooperar con los *Renegados* durante más de tres meses, me obligaron a entrenar las habilidades físicas y me enzarqué en un combate con una chica de mi edad. Ella tenía el cabello oscuro y los ojos de un verde esmeralda, aunque mis compañeros me habían insistido en que era rubia y sus ojos eran celestes. No los había creído. Me habían parecido todos unos mentirosos. Unos traidores. Entonces, segura de lo que mi vista me había hecho ver, había estampado agresivamente a la chica contra la pared del aula de combate y la había estrangulado.

Había matado a la chica.

Había matado a la chica que tenía el mismo rostro de Vicky Ayers, mi hermana. Y cuando había muerto, su cabello se había ido tornando rubio. No había llegado a ver sus ojos porque no podría volver a abrirlos. De pronto, mis compañeros habían empezado a murmurar y contemplar sorprendidos la transformación de mi cabello negro en blanco. Blanco como la nieve de aquel acantilado de mi infancia. Seguidamente, unos soldados corpulentos y violentos se habían tirado sobre mí y me habían impedido que acabase con la vida de todos los del aula. Había perdido la cordura, pero Ava me había mantenido pendiente de un hilo.

Ella no quería que yo abandonase ese cruel y repugnante mundo. Me susurró al oído que la muerte estaba espe-

rando a que yo cerrase los ojos. Entonces, mi piel se tornaría negra.

Ava siempre fue una mujer de mediana edad desdeñosa y desconfiada. Jamás se fio de mi poder, la muy arrogante. Me contaba historias de Marcia, pero yo no la escuchaba porque estaba segura de que quería atemorizarme. Todos los días, a la misma hora, se sentaba junto a mí para agujerearme las venas e inyectarme el milagroso suero que me impedía dormir. Tenía los brazos repletos de hematomas porque mis venas se habían vuelto tan frágiles como yo. Tan frágiles como mis razones para seguir viviendo.

Todo se lo debía a Logan.

Lo poco que conservaba de él, la carta, había desaparecido. Yo sabía que había sido cosa de los *Renegados*, pero me habían tomado por loca. Decían que esa carta no existía. Una vez, Logan me había dicho que cuando yo había desaparecido, me había llevado su corazón conmigo. Se le había olvidado advertirme de que él haría lo mismo con el mío. Me había dicho que me quería y que siempre estaría a mi lado, pero había actuado egoístamente y jamás me había contado sus planes. Jamás había tenido intención de contarme por qué había estado actuando de aquella manera el día de la misión. Jamás había contado conmigo.

Jamás.

Pensando en ello, sentí que habría sido mejor morir. Quizá debí de haber insistido en acompañarle o en ocupar su lugar en la operación. Haberle tirado del brazo y preguntado directamente qué le ocurría. ¿Él había sabido que todo resultaría ser una trampa? Porque lo fue. Nunca pude encontrar rastro de mi padre en aquellas malditas mazmorras de criaturas infernales. Nos habían dicho que éramos la élite, los mejores, pero ahora estábamos destrozados. O, al menos, casi todos nosotros. Otros, sin embargo, yacían en meras placas de honor bajo las tierras de Cleveland. Caí en la cuenta de que en realidad Logan había destruido mi corazón.

El sonido de una bandeja deslizándose bajo la puerta sacudió mi cabeza y me hizo volver a la realidad.

Estaba, de nuevo, entre aquellas paredes blancas acolchadas. El olor a antiséptico se filtraba a través de unas rendijas que situaron en lo alto del habitáculo y que ya habían reforzado para que no pudiese volver a escabullirme de aquel lugar. Bajé la vista hacia la bandeja de comida: una sopa macronutreica acompañada de una gelatina azul y un pequeño recipiente de agua.

—¡No quiero comer! —grité enfurecida.

—Llevas una semana sin comer, Ayers. Tienes que hacerlo o tu cuerpo fallecerá —me dijo la voz de Ava a través de un minibot con forma de araña que había pasado bajo la puerta.

—Pues bien.

Gateé hasta el bicho de ocho patas y lo aplasté bajo la palma de mi mano derecha. El blanco del suelo se tornó color ocre. Ocre como los dientes de Einar. ¿Dónde estaba? Seguro que castigaría a aquellos que me habían encerrado en esa celda para desequilibrados mentales. Yo no estaba loca, pero querían hacérmelo creer. Estaba segura de eso.

La puerta comenzó a deslizarse.

—¿Piensas seguir comportándote como una cría? —me preguntó Ava, con el ceño fruncido y la voz tan áspera como estúpida—. Dame tu brazo.

Otra vez la inyección. No me dejarían morir. No me dejarían desaparecer de ese infierno. Ava me clavó la aguja en la muñeca e introdujo el maldito suero mientras yo lloraba sin cesar. Mis ojos estaban tan impregnados en lágrimas que me era imposible ver con claridad. El corazón me dolía.

—Logan...

—Mírate, estás destrozada. Deja de pensar en ese chico y asume el papel que te pertenece. —La miré de soslayo con odio y ella me devolvió un despreciable gesto—. Niña,